

DE PERPETUIDAD



# CATACLISMOS Y CATASTROFES

Sería inútil querer convertir nuestras ideas en realidades, realizar nuestro ideal, si a la vez no fuésemos convirtiendo nuestras realidades en ideas, idealizando lo real que nos rodea y en que vivimos. La más profunda revolución es la de las ideas.

—¿Revolución? —dirá alguien— ¿y por qué no evolución?

Y le diremos:

—¿Es que son dos cosas diferentes?

—¡Hay que ir a la revolución! —oímos. Lo oímos, pero no lo comprendemos bien. Es como quien llevado en un barco, río abajo, dice:

—¡Hay que ir a la corriente!

Lo que habrá que hacer es saber aprovecharla y dirigir por ella el barco, evitando escollos y salvando cataratas.

¡Y no es, no! que la revolución la hagan las cosas y no los hombres. La historia, que es la revolución, la hacen los hombres. Y los hombres son cosas, esto es: causas. No hay revolución del hambre. Revolución, verdadera revolución, cambio de instituciones, de costumbres, de leyes, de normas de vida, de ideas —sobre todo de ideas— la han hecho los hombres, unas veces azuzados por el hambre y la mayor parte de las veces por algo más hondo y más revolucionario que el hambre. Que es hambre también, pero no de pan.

¿Revolución? ¿Evolución? La doctrina lamarckiana enseñaba que los cambios en las especies orgánicas —el progreso— se debe a la lenta acumulación, por herencia, de caracteres adquiridos en la lucha por la supervivencia y en la adaptación al ambiente, y la doctrina darwiniana enseñaba que más bien se debe el progreso de las especies, su transformación, a la selección, por lucha y adaptación, de variaciones espontáneas, de oscuro origen —acaso teratológico— y fijadas luego por herencia. Y toda la discusión entre unos y otros, lamarckianos y darwinianos, estriba en si se heredan o no los caracteres adquiridos.

Lo indudable es que lo que llamamos evolución suele ser una serie de

pequeñas revoluciones. La Naturaleza procede por saltos, por pequeño que cada salto sea. Aunque el cauce de un río se vaya haciendo momento a momento, durante siglos, el río tiene sus avenidas y a las veces en una hora rompe diques seculares.

Pero es peligroso querer aplicar a la historia humana, que es la verdadera historia, la única que deberíamos llamar historia, ejemplos tomados de procesos de la llamada historia natural, mal llamada historia.

¿Ir a la revolución? ¡Pero si estamos en ella! ¡Si estamos siempre en ella! La cosa es saber aprovecharla, es saber fijar las variaciones que el juego de la vida produce.

Cataclismo, quiere decir, inundación o diluvio, y catástrofe, quiere decir, revolución. (No olvidéis, lector, que es un profesor —¡¡profesor, ay!!!— de griego el que ahora te habla; de griego y no de ruso.) Y hay quienes bajan en sus barcas por la gran corriente, soñando sueños catastróficos y cataclísmicos y sin poner claridad en sus ideas, sin tratar de reducir a ideas la realidad que les envuelve. Y es en vano que luego pretendan realizar su ideal, reducir a realidad sus ideas, porque resulta que no las tienen.

Sí, la ruptura del capullo por la nueva mariposa, la del cascarón del huevo por el pollito en que el huevo se convirtió, son actos catastróficos, revolucionarios, pero de dentro a fuera. Si rompéis el capullo o el cascarón desde fuera, correis el riesgo de que la larva o el embrión de pollo, no viables todavía, se mueran. La ciencia mayor de la comadrona o partera —o del tocólogo, si queréis que lo digamos con más pompa— consiste en esperar. El forceps rara vez resulta de buen suceso.

¿Ir a la revolución? ¿Pero a qué revolución?

Y no es que nos asuste la revolución. Todo lo contrario. La deseamos, y la deseamos apasionadamente. La deseamos por idealismo, por hambre de historia, de vida intensa. Creemos que una revolución histórica, cuando viene de dentro a fuera, espontáneamente, por lo que Darwin habría llama-

mado variación espontánea, —siquiera sea teratológica— produce por lo menos caracteres, hombres históricos, y que un hombre histórico, un héroe, es una idea, y una idea viva, para siempre. Sea lo que fuere, por ejemplo, de la actual revolución rusa, Lenin es ya un hombre para siempre, como lo es Cromwell y lo es Robespierre y lo es Garibaldi y lo es también Prim. Lo son y no lo fueron. Porque los hombres históricos, los hombres para siempre, pertenecen al presente eterno.

No, no nos asusta la revolución. Ni el salto en las tinieblas. Toda la historia es un continuo salto en las tinieblas. El porvenir es siempre tenebroso. Y es mejor que lo sea. Si viésemos claro lo que nos espera, perderíamos el apetito de vivir. Si en vez de estar sujetos a la ley benditísima de la vida media, esa que las Compañías de Seguros sobre la vida aprovechan, estudiando la estadística demográfica, para sus cuotas y sus primas, supiera cada cual que se habría de morir al cumplir tal o cual edad, sean los 120 años, no se podría vivir. Y más si no fuera posible antes de esa edad el suicidio.

No nos asusta la revolución. ¿Pero ir a ella? El que vive en ella no puede hablar de ir a ella. Y por nuestra parte vivimos en ella. Y en vez de azuzar a los otros... ¿a qué? procuramos formar nuestro carácter, hacernos hombres para siempre. Y para ello en vez de estar mirando boquiabiertos lo que pasa fuera, y lejos, tan lejos que no vemos bien lo que allí pasa, procuramos convertir en ideas las realidades concretas que nos rodean y aprovecharlo todo, no dejar pasar el menor salto. Y para eso nos aislamos.

La gota horada la piedra, dice el proverbio. La gota, no el chorro. O mejor: el rosario de gotas.

Aquí tienes, pues, lector, una gota. Este artículo es una gota. "¿Y qué es lo que horada?" me preguntarás. El tiempo nos lo dirá.

Otro día te hablaré más del hombre para siempre. Al que debes aspirar.

MIGUEL DE UNAMUNO